LA

RELIGION

DEMOSTRADA

AL ALCANCE DE LOS NIÑOS,

POR EL

DR. D. JAIME BALMES

PRESBITERO.

TOLUCA,

IMPRENTA DEL INSTITUTO LITERARIO

1852.

LA RELIGION DEMOSTRADA.

CAPITULO I.

EXISTENCIA DE DIOS.

LA razon natural basta para conocer que hay un Dios criador del cielo y tierra; porque si viésemos un palacio muy grande, muy hermoso, alhajado con magnífica riqueza, y adornado con esquisito primor, ¿no diriamos que es un insensato el que afirmase, que aquel palacio, aquellas alhajas, aquellos adornos, nadie los ha fabricado ni ordenado? Pues bien, el mundo es este soberbio palacio: el sol le ilumina de dia, la luna por la noche; el cielo está poblado de estrellas, la tierra de hombres, de animales, de plantas; el mar y los rios de peces, el aire de aves; las estaciones se suceden unas á otras con órden admirable; en las entrañas de la tierra se halla el oro, la plata, todos los metales, las piedras preciosas; y un mundo de tanta riqueza, tanta hermosura y maravilla, ¿no ha de existir un Señor que le haya criado y ordenado?

CAPITULO II.

ATRIBUTOS DE DIOS.

El Señor que ha criado todas las cosas ha de ser todopoderoso; pues que criar es sacar de la nada, hacer que de repente exista lo que antes no existia; y para esto es bien claro que se necesita un poder infinito, la omnipotencia. Nuestras obras las fabricamos los hombres á costa de tiempo y de trabajo, y siempre teniendo antes la materia; porque el carpintero, por ejemplo, no construye la mesa sin que tenga

á la mano la madera necesaria; pero no existiendo nada, decir *hágase* y quedar hecho, supone un poder sin límites. Esto hizo Dios, y no con objetos de poca monta, sino con el mundo entero.

Dios ha de ser infinitamente sábio, pues que su sabiduría resplandece en sus obras en el cielo y en la tierra; eterno, porque no habiendo sido criado no puede tener principio ni fin; infinito en perfeccion, porque existiendo por sí mismo nada le ha podido limitar, y tiene en sí propio la plenitud del ser, y de consiguiente inmenso, justo, santo, bondadoso, misericordioso, premiador de los buenos, castigador de los malos; en una palabra, un *Espíritu infinitamente perfecto, criador, conservador y ordenador de todas las cosas.*

De aquí se sigue que Dios está viendo todo lo que pasa en el mundo, y todo lo que ha pasado y pasará, con tanta claridad como vemos nosotros las cosas que tenemos delante de nuestros ojos, en medio del dia; y no puede ser de otra manera, pues que nada acontece bueno ni malo sin que él lo quiera ó lo permita. Cuando hacemos una cosa, por mas en secreto que la hagamos, cuando tenemos un pensamiento ò un deseo sin que esteriormente lo manifestemos, todo lo está viendo, todo lo está mirando, como un hombre que nos contemplase con mucha atencion y muy de cerca. ¡Qué recuerdo tan á propósito para llevar arreglada nuestra conducta!

CAPITULO III.

CREACION DEL HOMBRE.

El hombre ha sido criado por Dios; asì nos lo enseña la Religion de acuerdo con la razon natural. Para convencerse plenamente de esta verdad, basta recordar que venimos al mundo naciendo de una muger,

que esta muger *tuvo tambien* sus padres, y éstos otros: y como es claro que al fin hemos de parar á unos padres que no tuvieron otros padres, estos debieron ser cria dos por Dios. Esto no admite réplica; de lo contrario seria menester decir que los primeros hombres nacieron de la tierra como una planta. Imposible parece que haya podido caber en cabeza humana tamaño delirio.

CAPITULO IV.

EXISTENCIA Y ESPIRITUALIDAD DEL ALMA.

Todos sabemos por esperiencia propia que hay dentro de nuestro cuerpo una cosa que piensa, quiere y siente; esto es lo que llamamos alma. Cuando decimos que es espiritual, entendemos que no es una parte de nuestro cuerpo, ni es nuestra sangre, ni nuestros nervios, ni nuestras fibras, ni nuestro cerebro, ni nada que sea largo, ni ancho, ni hondo: que no puede dividirse en partes porque no las tiene; en una palabra, que no es nada de semejante á todo cuanto vemos y tocamos, ó percibimos con otros sentidos, sino que es de un órden muy distinto, muy superior á todo cuanto nos rodea; es decir, que "*es una sustancia simple, con facultad de entender y de querer.*"

Que nuestra alma es espiritual y no corporal, se deja conocer fácilmente considerando la diferencia que media entre ella y los cuerpos. Estos si se les mueve, se mueven; si se les deja quietos, quietos permanecen; es decir, que por si no tienen accion ni movimiento: en nuestra alma se observa todo lo contrario; porque no solo hace mover el cuerpo cuando quiere y del modo que quiere, sino que con el pensamiento recorre en pocos instantes el cielo y la tierra; y es tan inquieta, tan activa, tan vivaz, que es cerrar los ojos a la luz el empeñarse en decir que no sea muy

diferente su naturaleza de la naturaleza de los cuerpos.

CAPITULO V.

ACLARACION Y CONFIRMACION DE LA MISMA VERDAD.

Increible parece que haya hombres que digan que el alma no es espiritual; porque si no lo es, entonces será ó nuestra sangre, ò algun humor, ó algun fluido finísimo, ó algun conjunto de fibras, ò algo por este tenor; cosa que á primera vista se presenta ya tan estraña y repugnante, que bien se alcanza su absurda falsedad. ¿Cómo es posible que el alma, capaz de idear y ejecutar obras tan grandes y tan hermosas no sea mas que un pedacito de carne, una madeja de nervios, un ovillo de fibras, ó alguna porcion de sangre, ó de humores, ó de fluidos, por delicados que se imaginen? Cuando admiramos los inmortales poemas de Homero, de Virgilio y de Taso, las elocuentes páginas de Demóstenes, de Ciceron y de Bossuet, los maravillosos cuadros de Miguel Angelo y de Rafael, ¿cabe ni pensar siquiera que en aquellas cabezas no habia mas que carne, nervios, fibras, sangre, humores, fluidos de distintas clases, pero ningun espíritu? ¿cómo puede concebir semejante desproposito un hombre sano de juicio?

CAPITULO VI.

INMORTALIDAD DEL ALMA; PREMIOS Y RECOMPENSAS DE LA OTRA VIDA.

El alma no muere con el cuerpo. Todos los pueblos de la tierra han creido siempre que despues de esta vida hay otra donde se premian las buenas obras y se castigan las malas, y fuera bien estraño que el linage humano en masa se hubiese engañado. Si esto no fuera verdad, ¿quién se lo hubiera dado á entender á to-

dos los hombres? Esto prueba que Dios lo enseñó así á los primeros padres, y que por tradicion se ha ido trasmitiendo á todos los tiempos y paises; de otra manera no es posible concebir cómo hombres de tan diferentes épocas, distintos climas, diversas ideas y costumbres, hayan podido todos convenir en la misma creencia. Es verdad que se ha esplicado de varios modos, segun la variedad de las religiones; pero en cuanto al hecho principal, es decir, la existencia de la otra vida y la inmortalidad del alma, todos están acordes. - Prueba incontestable de que el alma no muere con el cuerpo, pues que cuando muchos testigos que en nada concuerdan entre sí, están sin embargo acordes en un punto, es señal de que en aquel punto se halla la verdad.

Esta creencia universal del linage humano está ademas confirmada con otra razon tan robusta como sencilla. Vemos á cada paso que hay malvados que pasan una vida regalada; hay hombres de bien que arrastran una existencia cargada de miserias é infortunos: siendo Dios justo, ¿ cómo es posible que no tenga reservado en otra vida, el premio para la virtud y el castigo para la maldad? ¿Podremos creer que muera el hombre como los brutos animales, sin que haya de dar cuenta á nadie de sus acciones buenas ó malas? ¡Ah! no hagamos este insulto á la justicia divina, no degrademos de tal manera nuestra naturaleza colocándonos al nivel de las béstias.

CAPITULO VII.

CONFORMIDAD DE LA RAZON CON LA RELIGION EN LO TOCANTE AL ALMA Y Á LA CREACION DEL HOMBRE.

Ya hemos visto que nuestra alma es espiritual; y de esto se infiere con toda evidencia, que aunque el

cuerpo se forme en las entrañas de la madre, no puede suceder lo mismo con respecto al alma. Siendo esta incorpórea, no se compone de carne y sangre, y por consiguiente ha debido ser creada por Dios, quien la une al cuerpo mientras este se va formando y perfeccionando en el seno de nuestra madre. Bien entendido esto, se manifiesta con toda claridad cuán conforme es á la razon lo que refiere la Sagrada Escritura sobre la creacion de nuestros primeros padres.

En efecto: ya vimos que aunque unos hombres desciendan de otros, y estos de otros, y así sucesivamente, al fin hemos de llegar á un hombre y á una muger que no han nacido de otros, sino que han debido ser criados por Dios. Este hecho que la razon nos enseña como necesario, nos lo refiere y esplica con mucha sencillez y claridad la Sagrada Escritura, diciéndonos: que Dios, despues de haber criado el cielo y la tierra, formó del polvo de ésta el cuerpo de Adan, criando en seguida el alma espiritual, para unirla al cuerpo. Es muy hermosa la espresion de que se vale la Sagrada Escritura para esplicarnos esta union inefable. Formado el cuerpo del hombre, no teniendo todavia alma que le vivificase, yaceria tendido en el suelo, sin movimiento alguno; no feo y deforme como son ahora los cuerpos de los muertos, sino como una hermosísima figura de cera. Criò Dios el alma, la unió al cuerpo, y en el mismo instante se abrieron los ojos de aquella estatua, se animó y avivó toda su fisonomía. Esa trasformacion tan maravillosa como bella, la espresa el sagrado testo diciéndonos, que Dios inspiró en el semblante de Adan un soplo de vida: no porque soplases en realidad, lo que es imposible siendo Dios un ser espiritual, sino para darnos á entender que debemos mirar el alma del hombre como una cosa distinta y muy diferente del cuerpo; no formada de materia al-

guna, sino emanada inmediatamente de la Divinidad por medio de la creacion.

CAPITULO VIII.

CONTINUACION DE LA MISMA MATERIA.

Esplicada de èsta suerte la creacion del primer hombré, échase de ver que tampoco hay dificultad en lo que nos refiere la Sagrada Escritura sobre la creacion de la muger, cuyo cuerpo fué formado de una costilla de Adan; significándose así, que habia de ser su compañera, recibiendo luego el alma del propio modo que habia sucedido con el varon. Concíbese tambien muy claramente, como unidos por Dios en matrimonio, y fecundizada esta union con las bendiciones del Criador del universo, pudo formarse el linage humano y estenderse por la faz de la tierra. En vano han buscado algunos filòsofos orgullosos un medio para sustraerse en este punto á la autoridad de los libros sagrados: el velo que cubre la cuna de la humanidad solo le levanta la Religion, y fuera de su augusta enseñanza solo se encuentran sueños y delirios, No forcejeemos en vano contra la fuerza de la verdad, no cerremos obstinadamente los ojos á su purísima luz; antes bien demos gracias al Dios de bondad que por medio de la revelacion se ha dignado ponernos á cubierto de las cavilaciones y estravíos de nuestro flaco entendimiento, cerciorándonos de la alta nobleza de nuestro origen.

CAPITULO IX.

EXISTENCIA DE UNA RELIGION VERDADERA.

Dios nos ha criado, nos conserva, nos dirige; èl es nuestro principio, él es nuestro fin; y nuestra alma que no perece con el cuerpo, que vivirá eternamente, ha de ir á encontrarse un dia en presencia del Juez supremo,

que le pedirá cuenta de todas sus acciones, y le dará, conforme á sus merecimientos, ó el premio ó el castigo. En esta vida, pues, debemos ya prepararnos para la otra, debemos conocer nuestro orígen, nuestro destino y los medios que para llegar á este destino nos ha suministrado la Providencia. Estos conocimientos y estos medios nos los proporciona la Religion; y esto basta para demostrar su existencia, pues si ella no existiese, estaria el hombre en el mundo como un huérfano abandonado, de quien nadie cuida, que ni sabe de dónde ha salido, ni en què ha de parar.

El hombre ha de amar a Dios porque es infinitamente bueno, y ademas porque le ha colmado de tantos beneficios; ha de tributarle por ellos acciones de gracias, y ha de adorarle como á Señor de cielo y tierra; pero en todos los actos, tanto interiores como esteriores en que rinda su culto á Dios, ha de hacerlo de una manera agradable á la Divina Magestad, y cual conviene á una criatura que ofrece su homenage al Criador. Luego ha de haber ciertas reglas en este culto, luego no pueden haber sido encomendadas al liviano capricho de los hombres, luego ha de haber una Religion, la misma para todos los hombres, y en que vivan seguros de que observando lo que ella prescribe, cumplen con la voluntad de Dios, y caminan por el sendero que conduce á la eterna felicidad.

Decir que todas las religiones sean igualmente buenas, que tanto importa ser cristiano, como sectario de Mahoma, judio, como idólatra, es lo mismo que negar la Providencia, es afirmar que Dios despues de criado el mundo ha dejado de cuidar de su obra; es pretender que el linage humano marcha sin objeto, sin destino, al acaso, como un rebaño sin pastor. ¿Se dirà tal vez que un Dios infinitamente grande no cuida de nuestras pequeñeces, y que mira con indiferencia nuestras ado-

raciones? Pero entonces, ¿para qué sacar de la nada á esas criaturas, si no habia de cuidar de ellas? Por cierto que si la inmensa distancia que media entre el hombre y Dios, fuera razon suficiente para afirmar que Dios no cuida del culto que nosotros le ofrezcamos, probaria tambien que no tuvo motivo para criarnos; porque un Dios infinitamente grande, ¿qué objeto pudo proponerse en sacar de la nada à una criatura, á quien luego habia de abandonar, sin dar oido à sus plegarias, sin aceptar sus ofrendas, siéndole indiferente que siguiera esta ó aquella ley, que le tributara este ó aquel culto, dejándola sola, desamparada, en medio de las mas horrorosas tinieblas? Quién puede concebir semejantes absurdos? Esto seria equivalente á negar la bondad y la sabiduría de Dios: y un Dios sin sabiduría y sin bondad no seria Dios.

CAPITULO X.

LAMENTABLE CEGUERA DE LOS INDIFERENTES EN RELIGION.

No faltan algunos que sin negar definitivamente la verdad de la Religion, no le están tampoco adheridos, ni cuidan de averiguar si es verdadera ó falsa. "No quieren meterse, segun dicen, en esas cuestiones: no saben lo que hay sobre esto, ni quieren darse trabajo por saberlo." Estos se llaman *indiferentes* en materias de Religion. Por cierto que no puede haber estado mas lamentable que el de *indiferente;* porque si bien se mira, tiene algo de peor que el de aquellos que son irreligiosos por sistema, y que atacan la Religion. Porque el hombre que niega su verdad, que disputa, que se empeña en convencerla de falsa, al menos se ocupa en ella entre tanto la examina, y andando el tiempo puede venir dia, en que, ò por medio de un libro, ó de la conversacion con algun hombre sabio, se

quede él desengañado de sus errores, convenciéndose de la verdad de la Religion. Pero quien ha tomado ya por sistema no pensar en ella, quien se ha llegado á imaginar como cosa indiferente el que sea verdadera ò falsa, este tal, como ni leerá, ni consultará sobre la materia, no saldrà jamas de su mal estado, y será como un hombre que se duerme tranquilo al borde de un abismo.

Para manifestar cuán contrario es á la razon y á las reglas mas comunes de prudencia un sistema semejante, bastará considerar, que la Religion no versa sobre cosas que nada tengan que ver con el hombre; sino que se propone nada menos que enseñarle su orígen, su destino y los medios que para llegar á este destino debe practicar. Es decir, que en la Religion ha de encontrar el hombre lo que mas le importa, lo que mas le toca de cerca; y no puede prescindir de ella sin esponerse á gravísimos peligros. En efecto, por mas que una persona sin religion suponga que no es cierto que haya otra vida de premio para los buenos y castigo para los malos, al menos no puede negar que el negocio es tan grave, que vale la pena de ser examinado. Porque la razon y la esperiencia nos aseguran de que ha de venir un dia en que hemos de morir: entonces, sin remedio, hemos de esperimentar por nosotros mismos si hay otra vida ó no; y en el momento en que habremos dado el ùltimo suspiro, en que los que rodearán nuestro lecho de agonía dirán: *ya ha muerto*; en aquel mismo instante, nosotros mismos hemos de esperimentar lo que hay sobre la otra vida. ¿Y quién será tan loco de arrojarse á la eternidad, sin cuidar de si en ella se encuentra algun peligro de hacerse infeliz para siempre, sin esperanza de remedio? Dirá el indiferente que tal vez no hay nada de todo lo que dice la Religion, que quizás el alma muere con el cuerpo; pero, y si hay

realmente lo que dice la Religion, si el impío se equivoca, si en el acto de morir encuentra que es verdad todo lo que ella enseña, que hay un cielo para los buenos, y un infierno para los malos? ¿Adónde podrá ir un hombre que en vida no ha querido cuidar de saber si la Religion era verdadera ó falsa? ¿Podrá esperar ir al cielo quien no ha querido saber si habia cielo? ¿Quién pasa su vida sin averiguar, ni si hay un Dios que le haya criado, ni cómo debe amarle y servirle, ni si hay una regla para encontrar la verdad en las materias de mas importancia; quien vive en un olvido tan profundo de sí mismo, ¿Podrá menos de ser culpable delante de Dios? ¿podrá quejarse si se le destina á un lugar de castigo eterno? Increible parece que haya hombres que vivan en tal ceguera: el corazon se acongoja al verlos marchar distraidos hácia la orilla de un precipicio horroroso.

CAPITULO XI.

CORRUPCION DEL LINAGE HUMANO.

El hombre presenta á cada paso tan estraña mezcla de nobleza y degradacion, de grandor y pequeñez, de bien y de mal, que no es fácil concebir cómo un ser de tal naturaleza haya sido obra de la mano de Dios. En efecto: mientras que con su entendimiento abarca, digámoslo asì, el cielo y la tierra; mientras que adivina el curso de los astros y penetra en los mas hondos arcanos de la naturaleza, le vemos tambien lleno de dudas, de ignorancia, de errores; tiene un corazon noble, amante de la virtud, que se entusiasma con el solo recuerdo de una accion generosa, pero que se pega tambien á los objetos mas viles, y sabe abrigar la crueldad, la tracion y la perfidia; es capaz de concebir y realizar agigantados proyectos, y de arrostrar impertérrito todo linage de peligros, y quizás tiembla pavoroso á la vis-

ta de un riesgo despreciable, y se acobarda y desfallece por solo tropezar en la dificultad mas liviana; suspira siempre por la felicidad, y vive abrumado de infortunio; en una palabra, por donde quiera que miremos al hombre, encontramos una estraña mescolanza que asombra y confunde.

Si hacemos un momento de reflexion sobre nosotros mismos, echaremos de ver que todo el curso de nuestra vida es una continuada lucha entre la verdad y el error, la virtud y el vicio, el amor de la felicidad y la desdicha. El cumplimiento de nuestras obligaciones por una parte, y la pereza y todas las pasiones por otra, tienen en no interrumpida tortura à nuestra alma; por manera que no parece sino que dentro de cada uno de nosotros hay dos hombres que disputan y luchan incansables, el uno bueno, el otro malo; el uno cuerdo, el otro loco. Y por lo que toca á la dicha, ¿quién puede gloriarse de disfrutarla, de haberla gustado apénas? ¿Cómo es posible, dirán los incrédulos, que una monstruosidad semejante haya salido de las manos de un Dios infinitamente sábio, infinitamente bueno? Aquí, sin embargo, aquí al responder esta dificultad, es donde la Religion católica muestra toda su elevacion y grandeza; aquí es donde ostenta uno de sus mas irrecusables titulos para probar que ella, y solo ella, es la verdada.

La Religion no niega que existan en el hombre contradicciones palpables, que no se vean en su ser y en su conducta irregularidades monstruosas; no trata de disminuir en nada la realidad del hecho en que se funda la dificultad, porque como se siente con fuerza para soltarla del todo, no necesita ni atenuarla, ni orillarla, ni eludirla; sino que dejándola que se presente en toda su magnitud y robustez, tal como habia bastado para confundir á los *mayores filósofos* de la antigüe-

dad, la arrostra de frente, y dice: "Sí, el hombre yace en el error y en la corrupcion; pero, ¿quereis comprender el secreto? ahí está, en uno de los dogmas que yo enseño, en el pecado original. El hombre de ahora no es tal como Dios le crió, sino que es un hombre degenerado. Dios le habia criado inocente y feliz: su entendimiento estaba ilustrado con la luz de la verdad, su voluntad ajustada á los dictámenes de la razon y de la ley divina; su vida se deslizaba en agradable quietud, en apacible bienestar, su corazon rebosaba de dicha. Tamaña felicidad hubiera pasado á su descendencia sí se hubiese conservado sumiso á los mandatos de Dios; pero el hombre pecó, y por inescrutables designios del Altísimo, ha quedado todo el linage de Adan infecto de la culpa y sujeto á la pena. He aquí aclarado el misterio de las contradicciones del hombre: esta noble criatura es imàgen y semejanza del mismo Dios, pero la mancha del pecado ha desfigurado la hermosa imágen: cuando vemos al hombre inteligente, inclinado á la virtud, alzando su noble frente para mirar el cielo, vemos allí la imágen de Dios; cuando le vemos en las tinieblas del error, en el cieno de la corrupcion, en las angustias del infortunio, vemos el estragó hecho en la bella imágen por el borron del pecado.

Así es como esplica la Religion las contradicciones y monstruosidades del hombre; y si bien es verdad que la misma esplicacion es tambien un misterio muy superior al alcance de la inteligencia humana, tampoco puede negarse que al través de las sombras que encubren el augusto arcano, se divisa tal fondo de razon y de verdad, y que dimane el misterio del pecado original tan abundante luz para poner en claro el universo entero, que nuestro entendimiento se encuentra satis-

fecho, y dice para sí: " este misterio es superior à tu razon, pero no contrario á ella."

CAPITULO XII.

REPARACION DEL LINAGE HUMANO POR JESUCRISTO.

Caido el hombre del estado de inocencia y felicidad en que habia sido criado, infecto de la culpa, echado delpariso,sujeto á toda especie de penalidades y mi - serias, y por fin á la muerte, hubiera sido horrible su situacion, si Dios por su infinita misericordia no hubiese querido remediar tamaña catástrofe, enviando à su Hijo Unigénito para que todos los que creyeran en él no pereciesen, sino que tuvieran la vida eterna. Sin duda que Dios hubiera podido perdonar al humano linage su culpa, y condonarle la pena merecida, sin exigir satisfaccion de ninguna clase, porque el mismo Dios era el ofendido; y ademas, ¿quién señala lindes á su omnipotencia? Podia tambien exigir una satisfaccion, alcanzarla de mil maneras diferentes que al débil hombre no le es dado conjeturar, pero que no están ocultas á la sabiduría infinita, ni están fuera del alcance de la mano Todopoderosa; pero quiso que la misma caida del hombre sirviese para manifestar mas y mas la infinidad de su poder, el rigor de su justicia, la grandeza de su bondad, el inagotable caudal de su misericordia. Quiso recibir una satisfaccion, y no como quiera, sino una satisfaccion completa; pero el hombre miserable, finito en su ser, reducido en sus medios, caido de la gracia, sentado en las sombras de la muerte, ¿cómo podia dar satisfaccion semejante? Parece que el alma forceja para encontrar un medio, pero es en vano; el corazon se entristece y se acongoja, la mente se abate y se anubla. ¡Profundos designios de un Dios! "El Unigénito del Padre, imágen del mismo

Padre, Dios como su Padre, se hará hombre, sufrirá horribles tormentos y morirá por fin en afrentoso patíbulo; ofrecerà sus dolores, sus tormentos y muerte en expiacion de los pecados del mundo y para la reconciliacion del humano linage; los que vivan antes del Salvador, se salvarán con la fé en el Mediador venidero, uniéndose á Dios por la esperanza y la caridad; y los que vengan despues de él, se salvarán con la fé en el mismo Mediador, unidos á él por la esperanza y la caridad, formando un rebaño que se llamará Iglesia de Jesucristo, que será regida por los pastores puestos por el Espíritu Santo, y principalmente por una cabeza visible; representante y vicario de Jesucristo en la tierra." Hé aquí lo que decretó el Eterno, y lo que ha realizado para salvar al humano linage: ¿puede darse nada mas grande, mas augusto, mas admirable? No podia caber en el pensamiento humano escogitar un medio como este, en que la justicia divina queda del todo satisfecha, pues que quien satisface es un Dios, manifestándose esta justicia en su aspecto mas imponente y terrible, pues que la víctima que ecsige es nada menos que un Dios; en que la misericordia resplandece admirablemente, pues que Dios se compadece de los hombres hasta darles á su Hijo Unigénito y entregarle á la muerte; en que la sabiduría se ostenta de un modo inefable, conciliando estremos tan opuestos, como son el ejercicio simultàneo de una justicia infinita y de una misericordia infinita, hacièndose todo por medio de esa incomprensible comunicacion de Dios con el hombre, resultado por el augusto misterio de la Encarnacion un Dios-Hombre. ¡Ah! jamás religion alguna se ha presentado tan grande como la Religion Católica al esplicar esos profundos arcanos del Todopoderoso; jamás ninguna ha ostentado tan magníficos títulos para arrebatar desde luego nuestra admiracion,

para inspirarnos profundo acatamiento. Lo que es tan grande, tan elevado en sus pensamientos, solo puede haber emanado de Dios.

CAPITULO XIII.

VERDAD DE LA VENIDA DE JESUCRISTO.

Segun la doctrina católica, Jesucristo es el Hijo de Dios, Dios como el Padre, y que se hizo hombre, y padeció y murió por la salud del linage humano. Nuestro entendimiento no es capaz de comprender este tan sublime misterio, y ni aun hubiéramos pensado jamas en él á no haberse Dios dignado revelárnosle. Pero por mas inútil que sea el hacer esfuerzos para penetrar el abismo de tan augusto arcano, no deja por eso de poderse demostrar por las mismas señales que Dios ha dado, que es una verdad la venida de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre.

En primer lugar, nadie puede negar que ecsistió en la Palestina, habrá cosa de diez y ocho siglos, un hombre llamado Jesus, que predicaba, que arrastraba tras sí gran golpe de gente, y que al fin murió en un patíbulo. La ecsistencia de este hombre nos consta tan de cierto como la de muchos otros personages célebres de la antigüedad, filósofos, oradores, poetas, políticos, guerreros ó de otra clase cualquiera. Es bien claro que no sabemos que hayan ecsistido Homero, Alejandro, Ciceron, César, etc., sino porque de la ecsistencia de esos hombres hablaron sus contemporáneos, siguieron haciendo lo mismo sus sucesores, y así en adelante hasta llegar á nosotros. Lo mismo ha sucedido con respecto á Jesus: de él nos hablan los que vivian en su tiempo, esplicándonos cuál era su patria, cuáles sus doctrinas, quiénes sus amigos, quiénes sus enemigos, cuál fué su vida, cuál su muerte: los hombres que vinieron al mundo desde entonces hasta ahora, han continuado hablando de Jesus;

y aun aquellos que han pretendido que no era Dios, ni enviado de Dios, no han dicho que no haya ecsistido; luego quien salga ahora sosteniendo que es falso que haya ecsistido Jesus, afirmando que su ecsistencia debe tomarse en un sentido figurado, es tan ridículo como quien dijere que Sócrates, que Alejandro, que César no han ecsistido jamas; porque aun no mirando la cosa con ojos cristianos, sabemos por lo menos tan de cierto lo uno como lo otro.

CAPITULO XIV.

DIVINA MISION DE JESUCRISTO.

Réstanos ahora probar que Jesucristo era enviado de Dios, y verdadero Dios.

Nadie ignora que en varios tiempos y lugares han ecsistido algunos hombres que se han dicho enviados del cielo, cuando en realidad no eran mas que pérfidos impostores, que engañando á la muchedumbre procuraban hacer su negocio, ó miserables alucinados que tenian desconcertado el cerebro. En una de estas dos clases ponen á Jesucristo los enemigos de la Religion; y aunque es bien claro que la sola idea de tal blasfemia hace horrorizar á todo cristiano, es sin embargo muy conveniente que procuremos manifestar á la luz de la razon, la suma injusticia y ligereza con que proceden en esta parte los enemigos de Jesucristo. Su sola persona se presenta ya á primera vista tan estraordinaria, tan superior á todos los hombres que han aparecido sobre la tierra, que ya desde luego se descubre en él algo de maravilloso y divino Sus costumbres son las mas puras, sus palabras sábias y sentenciosas, su trato en estremo amable, respira una sencillez tan magestuosa, una gravedad y dignidad tan naturales y tan sorprendentes, tal elevacion de conceptos y sentimientos, que hasta el mis-

mo impío Rousseau esclama admirado: „Si la vida y muerte de Sòcrates son de un sábio, la vida y muerte de Jesucristo no pueden ser sino de un Dios.”

Hasta los mismos enemigos de la Religion cristiana convienen en que la moral de Jesucristo es lo mas puro, mas noble y elevado que se ha visto jamás. Toda la doctrina de los filósofos antiguos es nada en comparacion de la de Jesucristo: ya sea que lo oigamos hablando del hombre y de Dios, ya sea que ecsaminemos la basa en que hace estribar su doctrina moral, ya sus preceptos y consejos, ya lo poderoso de los motivos para inducir al hombre á la práctica de todas las virtudes. Siendo Jesus salido de una familia oscura y pobre, no habiendo aprendido en ninguna parte las letras, ¿quién le habia comunicado tanta sabiduría? ¿no es esto una prueba de que era enviado de Dios, de que no era un impostor? Cuando algun hombre quiere engañar á otros, lo que procura es halagar sus pasiones y caprichos, disimulando y escusando sus faltas, cuida de buscar la proteccion de los poderosos, y por lo comun no se olvida de labrar su propia fortuna; pero Jesucristo todo al contrario, siempre reprendiendo el vicio, siempre contra las pasiones, siempre predicando su moral severa. Busca con preferencia á los pobres, á los desvalidos, ama muy particularmente á los niños, y es tan desinteresado que no tiene sobre que reclinar su cabeza. ¿Son estas señales de ser engañador? Si tal hubiera sido ¿no habria al menos procurado evitar los tormentos y la muerte? ¿Es posible que se hubiese olvidado de sí mismo hasta tal punto, que á pesar de que veia que tan de cerca le amenazaba el patíbulo, como lo aseguraba él mismo, nada hiciese para librarse de afrenta tan horrorosa? ¿Y el morir con tan serena calma, el no pronunciar una palabra contra sus enemigos, contra aquellos mismos

que le estaban insultando y atormentando, el orar por ellos pendiente de la cruz, ¿no manifiesta que en aquel corazon se abriga lo que jamás se habia abrigado en el corazon de otro hombre?

CAPITULO XV.

CONTINUACION DE LA MISMA MATERIA.

Ademàs, quien no sea enviado de Dios no puede hacer milagros; porque como solo Dios puede hacerlos, es claro que aquel hombre en favor de cuya doctrina se hacen, ha de ser precisamente enviado de Dios; porque de otra suerte se siguiera, que Dios confirmaria el error con muestras de su omnipotencia. Jesucristo hacia de continuo milagros; resucitaba muertos, restituía la vista á los ciegos, el oido á los sordos, la palabra á los mudos, el andar á los tullidos; curaba con una palabra toda clase de enfermedades, andaba sobre el mar como sobre un cristal; con el imperio de su voz sosegaba en un instante las olas en medio de la tempestad. Y que los hacia es tan cierto, que ni sus mismos enemigos se atrevian á negarlo, como que no sabiendo á que recurrirr, decian neciamente que Jesus obraba por virtud del demonio; como si hubiera sido esto posible quien los echaba de los cuerpos, en quien con la santidad de su doctrina presentaba una firmísima prueba de que trataba de destruir el imperio de ese enemigo del linage humano.

Los que se atreven á dudar de los milagros de Jesucristo deberian tambien dudar de todo lo demás que nos refieren las historias. Porque, ¿cómo podemos saber que en tal tiempo, en tal lugar ha habido una guerra y que en ella se ha distinguido mucho un general, que ha tomado estas ó aquellas plazas, que ha conseguido estas ó aquellas victorias? Es bien claro que el

único medio que tenemos es, que *así nos lo refieran* hombres entendidos y veraces que lo hayan visto con sus propios ojos, ú oido al menos de boca de testigos que merezcan toda fé. Esto sucede con los milagros de Jesucristo: pues que aun mirando la Sagrada Escritura no mas que como un libro cualquiera, siempre resulta que son dignos de fé hombres que nos refieren lo que ellos han visto; que lo dicen en presencia de los enemigos del nombre de Jesus, quienes sin duda los hubieran desmentido, si se hubiesen arrojado á mentir; hombres que tan convencidos estaban de lo que decian, que murieron en los patíbulos por sostenerlo. ¿Puede darse mejor prueba de que un hombre cree lo que dice, que el morir con muerte afrentosa para sostener lo que dice?

CAPITULO XVI.

EL CUMPLIMIENTO DE LAS PROFECIAS ES OTRA PRUEBA DE LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO.

Otra de las pruebas de que Jesucristo era enviado por Dios, son las profecías que se cumplieron en él de un modo tan visible. Las cosas que han de venir y que no tienen ningun enlace necesario con las que han sucedido, solo Dios es capaz de conocerlas. Puede el hombre saber que mañana saldrá el sol, porque esto es lo que sucede de continuo por el mismo órden de la naturaleza; puede tambien pronosticar que lloverá, que habrá tempestad, que habrá buena ó mala cosecha todo con mas ó menos probabilidades de acierto, segun sean los indicios en que se funde la conjetura; pero saber que de aquí á quinientos, ó á mil ó dos mil años haya de nacer un hombre en tal lugar y de tal manera, pronosticando circunstanciadamente el modo con que ha de vivir, padecer y morir, la propagacion de su doctrina por toda la tierra, la sociedad que ha de formar-

se de sus discípulos; en una palabra, predecirlo todo con tanta claridad y precision como si estuviera sucediendo, ¿quién puede hacerlo sino Dios?

Si en algun hombre se verifican semejantes profecías, y si en ellas se nos dice que este hombre será el Salvador del mundo, que nos llevará la luz y la gracia, que será el Hijo de Dios, y Dios como su Padre, cuando venga este hombre en quien se cumplan todas las señales de un modo admirable, ¿no habremos de pensar que aquellas predicciones han dimanado de Dios, y que aquel hombre es enviado de Dios? Todo ésto se verificó en Jesucristo, y de tal manera, que á veces leyendo los profetas parece que estamos leyendo historiadores. El tiempo en que vino al mundo, el lugar de su nacimiento, la persecucion de Herodes, la huida á Egipto, el tenor de su vida, su conducta, sus modales, su predicacion, sus milagros, sus padecimientos, su muerte, la propagacion de su doctrina, la fundacion y duracion de su Iglesia, todo se halla pronosticado de muchos siglos antes, y con una precision que asombra. Los libros de la Sagrada Escritura andan en manos de todo el mundo; el Viejo Testamento y el Nuevo, comparados entre sí, hacen resaltar esta verdad tan clara como la luz del dia. Aquí no se trata de mirarlos como libros sagrados, basta considerarlos como los de Herodoto, de Tucídedes ú otro libro cualquiera; cotejar las fechas de las predicciones y de los acontecimientos, y ver si lo que sucedió en Jesucristo estaba pronosticado ya muchos siglos antes de que él viniese al mundo.

CAPITULO XVII.

CONTINUACION DE LA MISMA MATERIA.

No solo se cumplió en Jesucristo todo lo que de él

único medio que tenemos es, que así nos lo refieran hombres entendidos y veraces que lo hayan visto con sus propios ojos, ú oido al menos de boca de testigos que merezcan toda fé. Esto sucede con los milagros de Jesucristo: pues que aun mirando la Sagrada Escritura no mas que como un libro cualquiera, siempre resulta que son dignos de fé hombres que nos refieren lo que ellos han visto; que lo dicen en presencia de los enemigos del nombre de Jesus, quienes sin duda los hubieran desmentido, si se hubiesen arrojado á mentir; hombres que tan convencidos estaban de lo que decian, que murieron en los patíbulos por sostenerlo. ¿Puede darse mejor prueba de que un hombre cree lo que dice, que el morir con muerte afrentosa para sostener lo que dice?

CAPITULO XVI.

EL CUMPLIMIENTO DE LAS PROFECIAS ES OTRA PRUEBA DE LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO.

Otra de las pruebas de que Jesucristo era enviado por Dios, son las profecías que se cumplieron en él de un modo tan visible. Las cosas que han de venir y que no tienen ningun enlace necesario con las que han sucedido, solo Dios es capaz de conocerlas. Puede el hombre saber que mañana saldrá el sol, porque esto es lo que sucede de continuo por el mismo órden de la naturaleza; puede tambien pronosticar que lloverá, que habrá tempestad, que habrá buena ó mala cosecha todo con mas ó menos probabilidades de acierto, segun sean los indicios en que se funde la conjetura; pero saber que de aquí á quinientos, ó á mil ó dos mil años haya de nacer un hombre en tal lugar y de tal manera, pronosticando circunstanciadamente el modo con que ha de vivir, padecer y morir, la propagacion de su doctrina por toda la tierra, la sociedad que ha de formar-

se de sus discípulos; en una palabra, predecirlo todo con tanta claridad y precision como si estuviera sucediendo, ¿quién puede hacerlo sino Dios?

Si en algun hombre se verifican semejantes profecías, y si en ellas se nos dice que este hombre será el Salvador del mundo, que nos llevará la luz y la gracia, que será el Hijo de Dios, y Dios como su Padre, cuando venga este hombre en quien se cumplan todas las señales de un modo admirable, ¿no habremos de pensar que aquellas predicciones han dimanado de Dios, y que aquel hombre es enviado de Dios? Todo ésto se verificó en Jesucristo, y de tal manera, que á veces leyendo los profetas parece que estamos leyendo historiadores. El tiempo en que vino al mundo, el lugar de su nacimiento, la persecucion de Herodes, la huida á Egipto, el tenor de su vida, su conducta, sus modales, su predicacion, sus milagros, sus padecimientos, su muerte, la propagacion de su doctrina, la fundacion y duracion de su Iglesia, todo se halla pronosticado de muchos siglos antes, y con una precision que asombra. Los libros de la Sagrada Escritura andan en manos de todo el mundo; el Viejo Testamento y el Nuevo, comparados entre sí, hacen resaltar esta verdad tan clara como la luz del dia. Aquí no se trata de mirarlos como libros sagrados, basta considerarlos como los de Herodoto, de Tucídedes ú otro libro cualquiera; cotejar las fechas de las predicciones y de los acontecimientos, y ver si lo que sucedió en Jesucristo estaba pronosticado ya muchos siglos antes de que él viniese al mundo.

CAPITULO XVII.

CONTINUACION DE LA MISMA MATERIA.

No solo se cumplió en Jesucristo todo lo que de él

habian anunciado los profetas, sino que él mismo hizo varias profecías, y todas las vemos cumplidas con una esactitud sorprendente. Antes de morir pronostica la ruina de Jerusalen y con palabras que indicaban una catástrofe espantosa; y en efecto al cabo de algunos años fué destruida Jerusalen, y sabemos por los historiadores profanos que en el sitio y toma de la ciudad, sucedieron tantos horrores que los cabellos se erizan al leerlo. Anunció Jesucristo á sus apóstoles los trabajos, los tormentos y la muerte que habian de sufrir por su nombre; y nadie ignora que los apóstoles anduvieron por el mundo sellando con sus padecimientos y su sangre la fé del divino Maestro. Predijo tambien que su Iglesia se estenderia admirablemente y que no pereceria jamas, à pesar de todas las contradiciones del infierno; y así ha sucedido y lo estamos viendo con nuestros ojos y palpando con nuestras manos.

¿Qué mas se quiere para convencerse de que Jesucristo era realmente enviado de Dios, y de que, como nos dijo él mismo y nos dice nuestra Santa Madre la Iglesia católica, era Hijo de Dios y Dios como su Padre, y por consiguiente de que la doctrina que él vino á enseñar al mundo es la pura verdad, pues que siendo Dios no podia engañarse ni engañarnos?

¡Cuán lamentable ceguera es la de aquellos infelices que se empeñan todavia en cerrar los ojos á tan luminosas verdades! Hacen alarde de no creer nada, dicen orgullosamente que todo esto son preocupaciones, y en su vida quizás han leido un libro de aquellos en que se prueba la verdad de la Religion: y todo el fundamento que tienen para no creer, es el haber oido cuatro necedades de boca de algun hablador ignorante. !Ah! compadezcámonos de su miserable ceguedad, y veamos si podemos lograr que al menos nos escuchen, que si esto logramos, no será dificil, con la gracia de

Dios, el que vuelvan á entrar en el rebaño de la Iglesia.

CAPITULO XVIII.

ARGUMENTO IRRECUSABLE Á FAVOR DE LA DIVINIDAD DE LA RELIGION CRISTIANA.

Despues de haber presentado tan convincentes pruebas de la verdad de la Religion cristiana, concluiremos con una que se presenta de bulto á los ojos de todo el mundo, y para cuya comprension no se necesita ni consultar la Sagrada Escritura, ni los Santos Padres, ni leer la historia profana, ni ecsaminar los milagros que hizo Jesucristo, ni las profecías que le enunciaron, sino únicamente dar una mirada á hechos que nadie disputa.

Para mayor inteligencia supondremos que nada sepamos de cierto sobre las demas pruebas que manifiestan de un modo irrefragable la verdad de la Religion. Nadie niega, ni aun los mismos impíos, que Jesucristo cambió la faz del mundo entero: el mundo era idòlatra y se volvió cristiano. Nadie puede dudar tampoco, pues que lo vemos con nuestros ojos, que la Religion enseñada por Jesucristo dura todavia, ocupando una gran parte de la tierra; nadie pone en disputa que Jesucristo era un hombre de condicion humilde y pobre, que lo mismo eran los apóstoles, y que para el planteo y propagación de la Religion cristiana no se hizo uso de la fuerza de las armas, pues no creo que nadie haya dicho jamas que Jesucristo ni sus apsótoles fueran conquistadores; por fin, nadie puede negar que los preceptos y consejos de la Religion cristiana están en lucha abierta con nuestras pasiones, que las contrarian á cada paso, ecsigiéndonos con frecuencia sacrificios harto dolorosos á nuestro corazon.

Sentados estos hechos, todos incontestables, todos al alcance de todo el mundo, emplearé el argumento

de San Agustin. El cambiar la faz del universo, logrando que sin fuerza, sin armas, sin violencia de ninguna clase, se alistaran en la Religion cristiana personas de todas edades, secsos y condiciones, ancianos, jóvenes, niños, ricos y pobres, sàbios é ignorantes, y esto no como quiera, sino perdiendo sus haciendas, acabando sus vidas en medio de los mas crueles tormentos; conseguir que èsa Religion se arraigase, se estendiese y perpetuase, á pesar de los esfuerzos de los príncipes de la tierra, de los sábios del mundo, de la resistencia de todas las pasiones; cambiar, repito, la faz del universo de tal manera, ¿lo hicieron Jesucristo y sus apóstoles haciendo grandes milagros, ó no? si fué con milagros, entonces la Religion cristiana es verdadera; si sin milagros, entonces preguntaré, si no es el mayor de los milagros el convertir el mundo sin milagros, preguntaré que si estaban locos los hombres que sin pruebas, sin ninguna señal de mision divina, sin nadie que los violentase, antes esponiéndose á morir en un patíbulo, quisieran seguir la doctrina de unos cuantos prèdicadores pobres, ignorantes, enviados por otro hombre que habia sido condenado al último suplicio? Esto no tiene réplica; reflecsionen sobre ello los que tan ligeramente niegan la verdad de nuestra Religion, y vean si encontrarán aquí mas solidez que en los frívolos discursos de aquellos que los han engañado.

CAPITULO XIX

SE DESHACE EL ARGUMENTO FUNDADO EN LA ESTENSION Y DURACIÓN DEL MAHOMETISMO.

Dirán quizas algunos, que la religion de Mahoma tambien se ha estendido mucho; pero á esto responderemos que Mahoma y sus sucesores estendieron su religion por medio de las armas; sus pruebas eran la simitarra levantada sobre la cerviz de los vencidos: "o creer

ó morrir" ¿Lo hacian así los apóstoles, andando solos por el mundo, sin mas armas que su cayado? Mahoma al empezar sus predicaciones era ya un hombre muy rico y poderoso, instruido al estilo de su tiempo y pais, tenido por sábio entre los suyos, y que ejercia considerable influencia; Jesucristo era de condicion humilde, no habia aprendido las letras y era tan pobre que nació en un pesebre y no tenia donde recostar su cabeza. Mahoma lejos de contrariar las pasiones, las halagó, concediendo á sus sectarios amplísima libertad en aquellas cosas que mas seducen y arrastran el corazon del hombre; pero Jesucristo lejos de halagar ninguna pasion, lejos de disculpar ningun vicio, siempre habla con entereza contra todo desarreglo, nada disculpa de malo, y muestra con su palabra y con su ejemplo el estrecho sendero de la virtud, ¿Qué tiene, pues, que ver Mahoma con Jesucristo? Al fin, bien ecsaminada la cosa, vemos en Mahoma á un hombre ya poderoso; que por varias mañas se hace rey, que despues estiende su reino por medio de la conquista, y que impone su religion á sus vasallos, como otros conquistadores han impuesto á los vencidos otras leyes; ¿qué hay aquí de divino, de milagroso? Habrá si se quiere, astucia, habilidad, valor, ó cosas semejantes; pero sobrenatural no hay nada; nada hay que ni compararso pueda siquiera con lo ejecutado por Jesucristo.

CAPITULO XX

SE DESHACE LA DIFICULTAD FUNDADA EN LA IDOLATRIA.

Quizás tambien no faltará quien diga que la idolatria estaba, antes de la venida de Jesucristo, estendida por casi todo el mundo, y que aun conserva sujetos á su dominio muchos pueblos de la tierra; y que de esto sin embargo no se sigue que la idolatria sea la religion verdadera.

Ya hemos visto cuán flaco es el argumento que se saca de la religion de Mahoma; pues aun es mucho mas flaco el que acabamos de proponer, fundado en la estension y duracion de la idolatría. Porque en primer lugar la idolatría no es una religion, sino un conjunto de todos los errores y monstruosidades; en unos tiempos y paises se presenta bajo una forma, en otros bajo otra muy diferente; no vemos en ella una religion planteada con un sistema arreglado, sino una informe masa de errores que se van amontonando con el tiempo, que se compone de verdades alteradas y desfiguradas, de ficciones del todo arbitrarias, de alegorías mal comprendidas, de pasiones divinizadas; pero nada vemos de uniforme, de fijo, nada que indique un plan, no solo inspirado por Dios, pero ni siquiera arreglado por un hombre.

¿Cómo, pues, se atreverá nadie á comparar con la idolatría la Religion cristiana? esa religion santa en que todo es uniforme y arreglado, todo noble, todo puro, todo grande, con aquella religion despreciable en que todo es vário, todo informe, todo mezquino, y afeado á cada paso con la negra mancha del vicio. Esa Religion divina, tan acorde con todas las luces naturales, que si bien enseña misterios superiores á la razon, nada enseña de contrario á la razon, ¿quién puede compararla con ese mostruoso conjunto de errores y delirios de la idolatría? ¿con esa turba de dioses y diosas que riñen entre sí, que se aborrecen, se envidian, se hacen la guerra, que cometen hurtos y adulterios, que se manchan con toda clase de vicios, que patrocinan la corrupcion, que se complacen en los sacrificios de sangre humana, que ecsigen para su culto los actos mas vergonzosos, y que arremolinados y confundidos, sin órden ni concierto, están todos sujetos á cierta divinidad ciega, inflecsible, que nadie sabe lo que es, y que so-

lo se llama *destino*? Cosa que ya á primera vista tanto repugna á la razon; ¿habrá quien ose compararla con nuestra Religion augusta? Para convencerse de lo monstruoso de semejante comparacion, ¿se necesita acaso mas que abrir uno de esos libros en que se contiene la historia de los falsos dioses, y cotejarla con la doctrina del catecismo cristiano, ó con las narraciones del Viejo y del Nuevo Testamento?

CAPITULO XXI.

DIVINIDAD DE LA IGLESIA CATOLICA.

Hemos demostrado que Jesucristo no era un impostor, que tenía todos los caracteres de un enviado del cielo; luego todo lo que él enseñó es la pura verdad; luego lo que él prometió se cumplirá; luego la Santa Iglesia que él fundó durará, como él mismo dijo, hasta la consumacion de los siglos; luego esta Iglesia á quien prometió su asistencia no puede engañarnos, y por consiguiente debemos descansar tranquilos en su fé, sin que nos sea permitido dudar de ningun artículo de los enseñados por ella.

Esta Iglesia, en cuyo seno debemos estar, es la Iglesia católica, apostólica, romana, la que reconoce por cabeza visible al Pontífice Romano, porque no seria bastante que estuviéramos convencidos de que Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre, y de que vino al mundo para redimirnos, y de que todas las religiones, fuera de la cristiana, son falsas, si no estuviéramos unidos con la verdadera Iglesia, que es la católica romana. Es necesario hacer algunas aclaraciones sobre el particular, porque como las sectas separadas de la Iglesia católica se denominan tambien cristianas, seria posible que algun incauto se dejase alucinar con la santidad del nombre, y cayese en error, juzgando que basta pertenecer à una de esas sectas para alcanzar la eterna salvacion.

CAPITULO XXII

FALSEDAD DE LAS SECTAS SEPARADAS DE LA IGLESIA ROMANA.

Si se quiere manifestar el estravío en que se hallan todas las sectas separadas de la Iglèsia Romana, no es necesario impugnar uno por uno todos los errores en que han caido, sino que será suficiente presentar una razon, que militando igualmente contra todas, las convenza de falsas á todas. Para esto les preguntaremos, ¿cuál es la verdadera Iglesia? es claro que han de convenir en que es aquella que habiendo sido fundada por Jesucristo y los apóstoles ha continuado hasta nosotros. Ahora bien, ¿cuál es la Iglesia que reune semejantes caracteres? ¿es la Iglesia Catòlica Romana, ó alguna de las otras? Preséntense todas en línea, la luterana, la calvinista, las protestantes todas, y con una sola pregunta las dejaremos confundidas. Esta pregunta será: ¿quien te fundó? A mí, responderà la una, me fundó Lutero; á mí Calvino, dirá la otra; á mí Sosino, contestará ésta; á mí Fox, dirá aquella, y así podrán ir siguiendo todas; es decir, que su antigüedad sube á doscientos ó á lo mas á trescientos años, cuando la fundacion de la Iglesia Romana es del apóstol San Pedro, y la sucesion de sus pontífices viene por una cadena no interrumpida desde San Pedro hasta el actual Pontifice Pio IX. Este es un argumento que no tiene réplica, pues que se funda en un hecho que no pueden negar ni los mismos protestantes; y que á decir verdad, tampoco se atreven á negarlo.

CAPITULO XXIII

SE DAN ALGUNAS REGLAS PARA NO DEJARSE ENGAÑAR POR LOS PROTESTANTES, Y SE DESHACEN ALGUNAS DE LAS DIFICULTADES QUE ESTOS SUELEN PROPONER.

¿Qué dicen, pues, los protestantes para encubrir su

apostasía? dicen que la Iglesia Romana se habia corrompido, que habia errado y que por tanto era necesario corregirla y reformarla, como que ellos se llaman á sí mismos "reformados," y á sus Iglesias "Iglesias reformadas." Como en semejantes disputas suelen aparentar los hereges mucho celo por la verdad y la virtud, es necesario estar sobre sí y no dejarse deslumbrar por palabras que nada significan, por raciocinios que nada prueban.

Es necesario tambien tener por sospechosas muchas de las relaciones en que ponderan los abusos y vicios, pues que el espíritu de secta y el odio profundo que abrigan contra la Iglesia Católica romana los arrastran con frecuencia hasta la calumnia; ya fingiendo lo que jamàs ha ecsistido, ya abultando y ennegreciendo lo verdadero.

El fiel católico, mayormente si no está bastante versado en la historia, no debe entrar en cuestiones sobre si hubo ó no mas ó menos corrupcion en tal ó cual tiempo, en este ó aquel lugar, ni si tal ó cual eclesiástico ú obispo cumplió con sus deberes ó no; el modo mas espedito y mas juicioso de responder á semejantes dificultades es el contenido en semejante diálogo.

Dirá el "protestante:" en tal siglo habia tal y tal abuso, aun en Roma se veia este ó aquel esceso; los eclesiásticos no cumplian con sus deberes, se abandonaban al vicio.

Católico. Prescindiré de lo que haya de verdadero ó falso en lo que V. dice; pero quiero suponer que sea todo así; Jesucristo no dijo que fundase una Iglesia, en que todos los Papas fueran buenos, en que todos los obispos y eclesiásticos cumpliesen siempre con sus deberes; lo que sí dijo es, que no permitiria que esta Iglesia errase, y que estaria con ella hasta la consumacion de los siglos; ¿qué tienen, pues, que ver los

vicios ni de los eclesiásticos, ni de los obispos, ni de los Papas, con la doctrina que ellos enseñan? Ellos están encargados de enseñármela; yo veo en ellos un enviado de Jesucristo; si son viciosos lo sentiré, me compadeceré de ellos, pero esto no me autoriza á apartarme de su doctrina. Jesucristo me dice que oiga á sus ministros, y no me advierte que no los haya de oir cuando sean malos.

Protestante. ¿Cómo es posible que Jesucristo para enseñarnos la verdad quiera nunca valerse de ministros malos? ¿Qué tiene que ver la santidad con el vicio, la luz con las tinieblas?

Católico. Vea V., cada cual mira las cosas á su modo: yo tan lejos estoy de estrañar lo que V. estraña, que antes al contrario me pareceria muy irregular que Jesucristo hubiese querido valerse solo de ministros buenos. Porque ó era menester en tal caso que hubiera estado haciendo continuamente un gran milagro, no permitiendo que en ningun tiempo y en ninguna parte del mundo ningun ministro de la Iglesia cometiese un solo pecado; ó bien era menester que nos diese una señal fija, para conocer cuáles eran los ministros pecadores, para saber que no habiamos de escucharlos. Ya sabe V., y lo sabe todo el mundo, que muchos pecados hay que pueden ser cometidos sin que lo sepa otro que el mismo que los comete: en tal caso, ¿qué remedio tendriamos? hubiera Dios de estar enviándonos de continuo ángeles para revelarnos que no escuchemos á tal eclesiástico, á tal obispo, porqué ayer à tal hora cometió este ó aquel pecado.

¿No ve V. en qué confusion andariamos de continuo si siguiéramos semejante doctrina? ¿No vé V., pues, cuán infundado es decir que la Iglesia Romana erró y que no debemos escucharla, fundado esto en los vicios de los eclesiásticos, de los obispos, ni aun

de los Papas; y aun suponiendo que sean tantos y tan graves como V. dice, y aunque lo fueran mucho mas?

Protestante. ¿Pero no es cosa bien dura la que sosteneis y practicais vosotros los católicos, de sujetar el entendimiento en materias de fé al juicio de la Iglesia, es decir, de otros hombres?

Católico. Nosotros sujetamos nuestro juicio á la autoridad de la Iglesia, porque ella es la depositaria de la verdad, cuyo depósito le ha encomendado el mismo Dios, prometièndole su asistencia para guardarla y enseñarla; de consiguiente sometiéndonos á la autoridad de la Iglesia, nos sometemos á la autoridad del mismo Dios.

Protestante. ¿Pero acaso no es bastante la Sagrada Escritura para saber todo lo que Dios ha querido revelarnos?

Católico. No Señor: y la mejor prueba son ustedes mismos los protestantes. Desde que se separaron de la Iglesia Católica, han estado apelando á la autoridad de la Sagrada Escritura, y han llegado á sacar tan en limpio la verdad, que al fin han logrado no entenderse, formándose tantas y tan variadas sectas, que no es fàcil clasificarlas ni aun contarlas. La verdad es una, y siempre la misma; ¿còmo es posible, pues, que se halle la verdad en sectas que de tal manera entre sí discrepan y que cada dia están variando de creencia? No puede darse mas sólida prueba de la falsedad de una regla, que el ser conducido por la misma á resultados falsos: y la regla de interpretar la Sagrada Escritura, ateniéndose únicamente al juicio particular de cada individuo, y no escuchando la voz de la Iglesia Católica, los ha conducido á ustedes los protestantes á tantos errores, que en la actualidad seria muy árdua tarea el empeñarse, no diré en refutarlos, pero ni aun en contarlos.

Protestante. Pues ¿á dónde podremos recurrir mejor que á la misma palabra de Dios?

Católico. Si la palabra de Dios fuese tan clara por todas partes, que no ofreciese dificultad alguna de modo que cualquiera pudiese entenderla sin peligro de equivocarse, entonces seria admisible el sistema de los protestantes; pero yo oigo decir que la Sagrada Escritura es un mar en que se pierden los hombres mas sábios; y ustedes mismos que se empeñan en tenerla por tan clara y tan fácil, nos dan una señal evidente de que no lo es, pues cada secta, y aun cada sectario, la entiende á su modo. Me parece á mí que si Jesucristo no hubiera dejado sobre la tierra una autoridad viviente para enseñarnos la verdad, apartarnos del error y aclarar nuestras dudas, nos habria dejado en una confusion tal, que no nos hubiera servido de mucho la luz de la verdad divina. Desde que Jesucristo vino al mundo han nacido de continuo sectas y mas sectas, que han enseñado los mas groseros y monstruosos errores, como V. no podrá negarme: ¿qué seria, pues; de la verdad, si no tuviésemos á la mano una regla segura y fija por la que pudiéramos distinguir la verdad del error? Nosotros los católicos decimos que esta regla infalible es la autoridad de la Iglesia; lo decimos, y lo podemos probar con la misma Sagrada Escritura à que ustedes los protestantes apelan; y ademas, aun mirada la cosa á la sola luz natural, se ve que es tan conforme á la razon el que Jesucristo estableciese sobre la tierra un maestro que pudiera enseñarnos sin peligro de error, que si así no fuera, podria decirse que nos dejó sin certeza sobre lo mas necesario para nuestra salud, y que no acertó á fundar bien su Iglesia, lo que seria una blasfemia contra su bondad y sabiduría

CAPITULO XXIV.

OTRO ARGUMENTO CONTRA LOS PROTESTANTES.

Aun prescindiendo de estas razones, cuya solidez no podrá menos de ser reconocida, siempre queda en contra de los protestantes una dificultad insoluble. Dicen que la Iglesia se habia de reformar, que se habian de corregir sus abusos y errores: pero yo preguntaré ¿si para ejecutar todo esto era necesario que aquel ó aquellos que acometieron tamaña empresa, fueran enviados de Dios, y que hubieran recibido del cielo tal encargo? es evidente que sí; porque, ¿quién se arroja á enmendar la obra de Dios sin ser enviado de Dios? Ahora bien: Lutero, Calvino, Zuinglio, Bucero, y todos los demas corifeos del protestantismo, ¿de quién tenian semejante mision? ¿qué señales dieron de que fueran enviados del cielo? Nadie ignora que no hay en la actualidad un solo protestante instruido y juicioso que no se echara á reir si se le hablase de milagros ó de profecías, que apoyasen la autoridad de los pretendidos reformadores: todo el mundo sabe que la historia de estos hombres, funestamente célebres, es tan reciente, que no es dificil seguir su vida paso á paso, y manifestar que hay no poco de que tendrian que ruborizarse los que siguen sus doctrinas: ¿cómo se quiere pues, demos fé á sus palabras? ¿No vale mas atenerse á la autoridad de la Iglesia Romana, cuya fundacion data del tiempo de los apóstoles, y que en medio de tantas vicisitudes y contratiempos ha permanecido siempre inalterable enseñando una misma doctrina?

CAPITULO XXV.

REGLAS DE PRUDENCIA QUE DEBE OBSERVAR EL CATÓLICO AL TRÁTAR DE LOS MISTERIOS.

Sucede á menudo que se argumenta contra la Reli-

gion, no atacando ni los milagros ni las profecias, ni la santidad de lá doctrina, ni otra alguna de las señales que patentizan su divinidad; sino que se fija la cuestion sobre algun misterio, y se le toma por blanco de las impugnaciones. En tales casos es necesaria mucha discrecion, ó si no se corre peligro de salir desairado en la disputa. La razon es clara: el misterio, por lo mismo que es misterio, no puede ser esplicado de manera que se presente á nuestra razon con toda claridad: y entonces prevaliéndose el incrédulo de la oscuridad que debe por precision acompañar las esplicaciones del católico, llama falso lo que solo debe llamarse incomprensible. No sucederá esto, si el católico sabe colocar la cuestion en el verdadero terreno, lo que conseguirá fácilmente si tiene presentes las reflecsiones que siguen.

En primer lugar, debe guardarse muy bien el católico de empeñarse en aclarar de tal modo el misterio, que pretenda no dejar en él ninguna oscuridad: esto seria negar al misterio la calidad de tal, pues si pudiéramos nosotros comprenderle y esplicarle, dejaria para nosotros de ser misterio. Así es, que en tratándose del misterio de la Santísima Trinidad, de la Encarnacion ó de otro cualquiera, si bien no puede reprendérsele que procure aclararlos, ó con aquellos símiles que haya visto en el catecismo, ó con aquellas reflecsiones que haya oido á personas sábias y religiosas, debe, sin embargo, andar en esto con mucho tiento, no sea que dando á los símiles ó à las reflecsiones mas importancia de la que en sí tienen, pretenda que es una razon sólida lo que es tan solo una comparacion oportuna, ó una aclaracion plausible. Será bueno que ante todo proteste que él no entiende el misterio, que no pretende tampoco entenderle, que en el mismo caso se hallan todos los católicos, por lo mismo

que le reconocen como misterio. Será bueno tambien, en tratando con incrédulos, no detenerse mucho en los símiles ni otras razones de congruencia, y quizás no pocas veces seria muy saludable no echar mano de ninguno de esos medios, porque ó el incrédulo ó los otros que escuchan podrian creer que aquello se aduce como una prueba; y por otra parte, si el adversario es algo sagaz cuidará de atacar el flanco débil y si logra hacer vacilar la razon de congruencia, se jactará de haber hecho vacilar el misterio. Paréceme que lo mas prudente en tales casos seria adaptarse poco mas ó menos al método prescrito en el siguiente diálogo.

CAPITULO XXVI.

MÉTODO PARA DISPUTAR CON LOS INCRÉDULOS SOBRE LOS MISTERIOS.

Dirá el "incrédulo" ¿cómo es posible creer las cosas que creen vdes? Tres personas, y sin embargo un solo Dios; un Dios hecho hombre; la sustancia del pan convertida en cuerpo de este Dios—Hombre; y otras cosas semejantes: á ver, ¿còmo me esplica V. estos misterios?

Católico. Ningun católico pretende poder esplicarlos ni entenderlos: reconocemos que son misterios, y por lo mimo ya confesamos que son incomprensibles.

Incrédulo. Pero y entonces, ¿cómo los creen vdes?

Católico. Es muy sencillo: los creemos porque nos consta que Dios los ha revelado.

Incrédulo. Pero esto de creer cosas que el entendimiento no alcanza, ¿qué mérito puede tener delante de Dios?

Católico. Si fueran cosas que las comprendiéramos con la sola razon, poco mérito tendria la fé: creyéndolas sujetamos nuestro débil entendimiento á la sabiduría infinita.

Incrédulo. Pero yo quisiera que V. me esplicase, por ejemplo, ¿cómo puede ser un solo Dios y tres personas?

Católico. No lo sabria esplicar bien: repito que para mí es un misterio, le acato profundamente y me tendria por culpable si tuviese el orgullo de querer comprenderle.

Incrédulo. Vamos; esa sumision tan ciega del entendimiento en cosas que no comprende, me parece insoportable.

Católico. A mí me parece muy llevadera, y está muy lejos de parecerme ciega. Si V. me permite, le manifestaré cómo yo concibo esta sumision del entendimiento, y para el efecto me tomaré la libertad de dirigirle algunas preguntas.

Incrédulo. V. la tiene: le escucharé con mucho gusto.

Católico. Hay cosas que nuestro entendimiento no puede comprenderlas, ¿y el no comprenderlas es razon bastante para negarlas?

Incrédulo. Esta es una pregunta tan general.... y tan vaga....

Católico. ¡Cómo general! ¡y cómo vaga! antes es muy precisa. No tema V., para manifestar que hay cosas que no podemos comprender, no me será necesario subir al cielo, ni descender á las entrañas de la tierra, ni atenerme á cosas generales y vagas; sino que aquí mismo tengo hechos que V. no podrá contestarme. ¿Ignora V. que el hombre casi nada comprende de todo cuanto le rodea? ¿nos comprendemos acaso á nosotros mismos? esos ojos con que vemos, el oido, el tacto, el olfato, el gusto, todos nuestros sentidos de que nos servimos continuamente, ¿sabemos acaso en qué consisten? ¿ha podido esplicarlo hasta ahora ningun filósofo del mundo? ¿no sabe V. que los mas gran-

des sábios andan á tientas cuando tratan de esplicar los fenómenos mas comunes de la naturaleza?

Incrédulo. Efectivamente es así; la naturaleza está llena de arcanos; y nosotros mismos á nuestros ojos somos un gran misterio; pero, ¿qué infiere V. de esto?

Catolico. Lo que infiero es, que hay muchas cosas que nosotros no las entendemos, y que el no entenderlas no es suficiente razon para negarlas; y que para creerse una cosa, la dificultad no debe ponerse en si la entendemos ó no, sino únicamente en si tenemos motivo para creerla ó no. Si bien se mira, eso que estraña V. tanto en los católicos lo esta viendo practicar por todo el mundo, y lo practica V. mismo todos los dias. Cuando nos cuentan que en tal pais hay un animal muy estraño, que hay una mina muy abundante de este ó de aquel metal, que hay una planta rara de esta ó aquella naturaleza, que acaecen allí estraños fenómenos que no vemos entre nosotros; para creerlo ó no, nunca miramos si entendemos cómo se verifican aquellas estrañezas, y por qué causas, sino quien lo refiere, si la tal persona es digna de crédito, ya por su inteligencia, ya por su esperiencia, ya por su veracidad; y tendriamos por ridículo al que saliera diciendo que no cree, por ejemplo, que en tal país tienen los hombres tal color, porque no consibe cómo esto pueda verificarse.

Haga V. la aplicacion á nuestro caso; cuando tratemos de misterios en una religion, lo que debemos mirar es, si efectivamente aquella religion tiene los caracteres de divina; y si los tiene, si nos constare que efectivamente nos ha venido de Dios, ¿qué importa que no entendamos los misterios? ¿Acaso Dios no sabe cosas que nosotros no podemos saber? ¿ Y por qué no podria revelárnoslas? y dándonos él á conocer que en realidad es el mismo quien nos las revela, ¿quién po-

drá negar la obligacion que tenemos de creerlas? creemos á un hombre de bien, aunque nos refiera cosas que nosotros no entendemos, ¿y no creeriamos á Dios, que no puede engañarse ni engañarnos? Las señales de que nuestra religion es divina, las tenenemos en los milagros, en el cumplimiento de las profecias y en varios otros hechos que no es necesario enumerar ahora; ¿qué mas queremos? ¿ qué tiene, pues, de estraño nuestra fé?

CAPITULO XXVII.

SE MANIFIESTA LA ECSISTENCIA Y LA NECESIDAD DEL SUMO PONTIFICADO.

Sucede con frecuencia que los que tratan de combatir la Religion católica se abstienen de hablar contra el cristianismo; y aun á veces manifiestan un afectado respeto al catolicismo; valiéndose mañosamente de este medio para dirigirle un tiro mas recio y certero. Saben muy bien, que sin cabeza de la Iglesia, no hay catolicismo, y por esto procuran desacreditar el Sumo Pontificado presentando la supremacía de la Santa Sede como una cosa nada necesaria, como una usurpacion sobre la autoridad de los demas obispos. Por esta causa conviene tener á la vista algunas reflecsiones con que se pueda responder á esa clase de enemigos de la Iglesia.

La idea del Sumo Pontificado, que tanto desconcierta á los protestantes é incrédulos como si fuera de una institucion monstruosa, es sin embargo lo mas sencillo, lo mas conforme á razon que imaginarse pueda. Decimos los católicos que el Papa es la cabeza visible de la Iglesia, es decir, que está encargado de gobernar todo el rebaño de Jesucristo en la tierra, dándole el pasto saludable de la buena doctrina, y guiándole por el camino de la eterna salud. Decimos que

la autoridad del Papa es superior à la de los Óbispos, y que éstos deben respetarle y obedecerle, como que es puesto sobre ellos por el mismo Jesucristo. Dejando aparte las mucha pruebas que en favor de estas verdades podrian sacarse de la Escritura y de la Tradicion, nos limitaremos á algunas reflecsiones que estén al alcance de todo el mundo.

Es un hecho constante que no puede subsistir ninguna sociedad grande ni pequeña, sin un gefe que la presida y la gobierne. En la familia hay la autoridad del padre; en las aldeas, en los pueblos, en las ciudades, en las provincias, hay sus alcaldes, sus gobernadores, sus gefes políticos, sus capitanes generales: en las naciones hay un rey si son monarquías, ó bien si son repúblicas un presidente, un cónsul, &c., es decir un gefe, con uno ú otro nombre. Siendo, pues, la Iglesia Católica una sociedad estendida por toda la tierra, con sus doctrinas, sus costumbres, sus leyes, ¿es posible que esté sin un gefe? ¿puede concebirse que Jesucristo hubiese arreglado su Iglesia de tal manera, que no le hubiese dejado una autoridad para gobernarla? ¿habria tenido Jesucristo menos prevision y buena voluntad, que todos los demas legisladores, quienes al dar sus leyes á un pueblo jamas se olvidaron de crear una autoridad que cuidase de su observancia?

Se dirá tal vez que para esto son los obispos; pero es menester considerar que la autoridad de cada obispo se limita á su diócesis, y de consiguiente en tratándose de asuntos pertenecientes á toda la Iglesia, si no hubiese sino la autoridad de los obispos, estariamos sin autoridad competente. Se replica que para esto son los concilios generales á donde concurren ó al menos son llamados, los obispos de toda la Iglesia. Pero nosotros añadiremos que los concilios, por lo mis-

mo de ser una reunion, han de tener una cabeza, y ésta no ecsiste sin el Sumo Pontífice. Prescindiendo de muchas otras reflecsiones que podrian hacerse sobre este punto, contentarémonos con una, que disipa de un golpe toda la dificultad, demostrando hasta la evidencia la necesidad del Sumo Pontificado; y que sin él no bastarian para el gobierno de la Iglesia los solos concilios generales.

La Iglesia no es una sociedad que ecsista solamente por ciertas temporadas, sino que dura siempre; luego la autoridad que la ha de dirigir y gobernar no puede ser una autoridad intermitente: los concilios, y mayormente los generales, no pueden reunirse sino á trechos, y estos muy largos; luego no son á propósito para que ellos solos puedan gobernar la Iglesia. El último concilio general, que es de Trento, se reunió hace ya cerca de tres siglos: ¿qué habria sido del gobierno de la Iglesia en este larguísimo intervalo si no hubiese ecsistido otra autoridad que la de los concilios? ¿y qué seria en adelante, cuando atendidas las dificultades é inconvenientes que median para verificar semejantes reuniones, quizàs pasarán siglos sin que se tenga otro concilio general? A cada paso surgen disputas sobre la fé y las costumbres, á cada paso se ofrecen dificultades sobre gravísimos puntos de disciplina: ¿á donde podria recurrir el pueblo fiel, si Jesucristo no hubiese dejado sobre la tierra su vicario, en la persona del Romano Pontífice?

Las consideraciones que acabamos de presentar son tan obvias, tan cencillas y al propio tiempo tan convincentes, que es necesaria mucha obstinacion para no rendirse á su evidencia. Guárdese todo católico de prestar oidos á los que intentaren persuadirle que la supremacía del Papa no es necesaria para nada; entienda que se trata nada menos que de un dogma

de fé, reconocido como tal por toda la Iglesia; y sepa que el dia en que deje de reconocer que el Papa es el Supremo Pastor de la Iglesia, aquel dia deja de ser católico.

CAPITULO XXVIII.

SOBRE LA POTESTAD DE LA IGLESIA PARA IMPONER MANDAMIENTOS A LOS FIELES.

Es cosa digna de lamentarse el olvido en que están algunos cristianos de la obligacion que tienen de cumplir con los preceptos de la Iglesia. Algunos hay de cuya boca no se oye la impugnacion de ningun misterio, y que se glorían de conservar la fé, pero que sin embargo en tratándose de ciertos preceptos de la Iglesia, dicen tranquilamente, que "esto es cosa de hombres, que ellos son cristianos, pero no fanáticos;" y así no reparan en prescindir, por ejemplo, de todo ayuno, de abstinencia de carne, &c. Lo que hay de muy notable en semejante conducta es, la inconsecuencia; porque si son católicos, no pueden dudar que la Iglesia tiene facultad legislativa en las cosas que son de su pertenencia, y que por tanto puede imponer á los fieles aquellos preceptos que juzgue convenientes para conducirlos por el camino de la salud eterna. Infiérese de aquí que se les puede reconvenir con la reflecsion siguiente: ¿creeis que la Iglesia tenga facultad para imponeros preceptos, en las materias que son de su incumbencia? Si decis que no, entonces ya no sois católicos, ya habeis dejado de creer un punto de fé católica; si decis que sì, entonces, ¿cómo es que llamais preocupacion y fanatismo, el cumplimiento de unos preceptos, cuya legitimidad admitis como dimanados de una autoridad reconocida por vosotros mismos por competente?

Si el hombre se siente débil para cumplir los mandamientos que la Iglesia le impone, vale mas que

confiese su debilidad, que no el que para escusarla se valga de espresiones cuyo significado natural es, ó bien que ha dejado de ser católico, ó bien que es inconsecuente de un modo inconcebible.

La fé nos enseña la obligacion que tenemos todos los fieles de obedecer los mandamientos de la Iglesia: sin embargo, bueno será manifestar esta verdad con sola la luz de la razon: vamos á hacerlo con pocas palabras.

En toda sociedad bien ordenada ha de haber leyes para su arreglo: luego ha de ecsistir tambien un poder que tenga la facultad de establecerlas. Los miembros de toda sociedad están obligados á obedecer las leyes que en ella rigen, porque de otra manera, inútil seria la ley, irrisorio el derecho de la autoridad legislativa, é imposible además el buen órden y hasta la ecsistencia de la sociedad. La Iglesia Católica es una sociedad estendida por toda la tierra; luego ha de existir en ella la facultad de hacer leyes para los fieles; luego estos están obligados á obedecerlas.

CAPITULO XXIX.

AUTORIDAD DE LA IGLESIA EN LA PROHIBICION DE LOS MALOS LIBROS.

La prohibicion que hace la Iglesia de la lectura de los malos libros, es uno de los puntos sobre que han declamado mucho sus enemigos. No reconociendo estos en nada la autoridad de la Iglesia, no es estraño que no la reconozcan tampoco en lo tocante á la prohibicion de los malos libros; pero al menos deberian confesar que la Iglesia, prohibiéndolos, procede consecuente à sus principios y cumple con un deber que le impone su instituto.

Un padre de familia que ve introducido en su casa un libro de malas doctrinas, usa de un derecho indis-

putable prohibiendo á su familia el leerle; la autoridad civil prohibe tambien la circulacion de aquellos escritos que inducen á la infraccion de las leyes ó de la corrupcion de costumbres, ó que pueden provocar disturbios y sediciones; es decir, que el vigilar sobre los libros ó escritos es un derecho reconocido en la autoridad paterna y en la civil, y no podia ser de otra manera, dado que no puede ponerse en disputa la poderosa influencia que puede ejercer un escrito, ya en bien, ya en mal. Prévias estas observaciones, preguntaremos á todo hombre juicioso: ¿si no encuentra muy natural, muy razonable, muy justo, el que la Iglesia encargada del sagrado depósito de la sana doctrina, que ha recibido de Jesucristo la mision de guiar á los hombres al alto destino de la eterna salvacion, vigile con asíduo cuidado sobre los libros peligrosos que circulen entre los fieles, y prohiba la lectura de aquellos que juzga de influencia nociva? ¿qué mayor veneno que un libro que pervierta las ideas ó corrompa las costumbres? ¿Cómo, pues, se puede disputar á la Iglesia el derecho de prohibir á sus miembros, el que por una curiosidad indiscreta den la muerte á su alma?

CAPITULO XXX.

DEMUESTRASE LA NECEDAD DE AQUELLOS QUE HACEN DEL INCREDULO POR PARECER SABIOS.

No faltan algunos que piensan que la incredulidad es prueba de despreocupacion y de sabiduría, y quizás sea este el motivo que habrá inducido á no pocos hasta el estremo de fingirla. ¡Lamentable estravío nacido de la vanidad y de la ignorancia! Preocupacion funesta que es necesario combatir, y contra la que debe precaverse el cristiano desde sus primeros años. Un libro como este, no es el lugar à propósito para desvanecer semejante error, con toda la abundancia de

erudicion y de reflecsiones á que se brinda la materia; pero no será fuera del caso presentar algunas consideraciones, y consignar algunos hechos, que puedan servir para manifestar que la fé no será reñida con la ilustracion y la sabiduría.

En primer lugar, la fé versa sobre objetos que el *hombre no puede comprender con la luz de la razon*; por manera que si trata de ecsaminar con las solas fuerzas de su entendimiento los augustos misterios que le enseña la fé, queda deslumbrado y oscurecido. Las ciencias humanas tienen por objeto aquellas cosas que nuestra razon puede alcanzar; luego versando la fé sobre objetos distintos de los que ocupan á la ciencia, la una no daña ni embaraza la otra.

Lejos de embarazarse ni dañarse la fé y la ciencia, antes bien se ayudan mútuamente; pues como ambas son una luz concedida por Dios al entendimiento del hombre, son como dos hermanas que pueden y deben vivir en estrecha amistad, prestándose recíprocos servicios. El hombre que cree, y que al mismo tiempo posee la ciencia, encuentra abundancia de razones para manifestar cuàn fundada es su fé, y ya que no le sea posible poner en toda claridad los misterios que forman el objeto de su creencia, al menos sabe hacerlos plausibles, presentándolos bajo mil aspectos diferentes, y haciendo ver que si bien son superiores á la razon, no son empero contrarias á la razon.

La ciencia puede tambien á su vez reportar de la fé mucho provecho; y le ha reportado en efecto, como podria demostrarse con la historia en la mano. Si se compara la ciencia de los filósofos gentiles con la de los filósofos cristianos, con relacion á las cuestiones mas elevadas, se verá que aquellos eran unos verdaderos niños con respecto á éstos; y en efecto, un niño con solo el catecismo cristiano, aprende tan altos co-

nocimientos, que si se levantaran de sus sepulcros Sócrates, Platon, Aristóteles, Ciceron, Séneca, en una palabra, todos los grandes hombres de la antigüedad, le escucharian con admiracion y asombro. Y con razon; porque las mas elevadas cuestiones sobre Dios, sobre el hombre, y sobre la moral, las oirian esplanadas con sublime sencillez, cuando ellos consumieron una larga existencia, para columbrar siquiera una solucion verosimil.

Esto no es exageracion, es una verdad en la que están acordes todos los sábios; y los mismos incrédulos no han podido negar los grandes progresos que debe el entendimiento humano á la enseñanza del cristianismo. ¿Cómo, pues, será posible que la religion de Jesucristo esté reñida con el saber, y que la incredulidad sea una prueba de ilustracion? Lo que tanto ha contribuido á iluminar al linage humano, podria ser amante de las tinieblas? Lo que ha descendido del seno de la sabiduría infinita, dél manantial de toda luz, no puede ser enemigo de la luz.

CAPITULO XXXI.

CONTINUACION DE LA MISMA MATERIA.

Muy escaso conocimiento manifiestan tener de la historia del saber humamo los que piensan que la incredulidad es hija de la sabiduría. Basta abrir un libro de aquellos en que se refiere la vida de los hombres mas ilustres, que con sus talentos y saber han honrado el mundo desde el establecimiento de la Religion cristiana, y se verá que los sábios mas distinguidos se han gloriado con el bello título de hijos de la Iglesia Católica. Recórranse los catalogos de los hombres que mas se han señalado en un ramo cualquiera de los conocimientos humanos, y es bien seguro que siempre podrá la Iglesia Católica presentar

muchos de entre sus hijos, que sin dejar de cautivar el entendimiento en obsequio de la fé, brillaban como esplendentes antorchas por sus talentos y sabiduría.

Pero ¿qué mas? ¿No poseemos inmensas bibliotecas, que son como el depósito de los conocimientos humanos? ¿De dónde ha salido aquel cúmulo de libros cuya sola vista nos asombra? Revuélvanse y se echará de ver que en su inmensa mayoria son obras de autores cristianos, y muchos de ellos eclesiásticos. Luego es una necedad el decir que la Religion sea enemiga del saber, que la incredulidad sea prueba de ilustracion, y que la fé sea propia de espíritus pequeños y apocados; luego el manifestarse incrédulo por parecer sábio, es señal evidente de ignorancia, es uda vanidad pueril, es una reprensible frivolidad de que debe preservarse todo hombre inteligente y juicioso. Tanta es la fuerza de esta verdad, que hasta en medio de la disipacion y bullicio del mundo, empieza ya á ser mirada con mal ojo la irreligiosidad, y va cayendo en desprecio la insensata moda de hacer del incrédulo. Entre personas bien educadas, aun de aquellas que son poco adictas á la Religion, se mira como cosa indigna de un hombre decente el verter ideas irreligiosas.

CAPITULO XXXII.

REFLECSIONES QUE DEBE TENER PRESENTES EL CATÓLICO AL PROPONÉRSELE ALGUNA DIFICULTAD CONTRA LA RELIGION.

Puede ocurrir con frecuencia que á un católico se le objeten dificultades que él no acierte á soltar; pero este no es motivo bastante para que vacile en su fé. Y lo que mas puede inferirse de ocurrencias semejantes es, ó que el adversario tiene mayores alcances,

ó mas instruccion en la materia. Si bien se mira, el hallarse el defensor de la verdad vencido alguna vez en la disputa por el defensor del error, no es cosa que suceda esclusivamente en las cuestiones religiosas, pues que acontece lo propio en todos los demas ramos. ¿Cuántas veces no vemos que un abogado de una mala causa, arrolla y confunde á su adversario, ó por la superioridad de su talento y conocimiento, ó por su mayor sagacidad y sutileza? En las conversaciones, *¿no presenciamos á cada paso, que un* hombre *de* entendimiento claro y despejado, sobre todo, si está dotado de una locucion fácil y espedita, dá á todos los asuntos el giro que mas le agrada, y hace ver, como suele decirse, *blanco lo negro y negro lo blanco?* Luego nada prueba contra la Religion el que un incrédulo haya propuesto una dificultad á la que los católicos que le escuchaban no hayan sabido responder.

En tales casos conviene que el fiel tenga á la vista las siguientes consideraciones. El incrédulo que propone la dificultad, no es regularmente un hombre muy sabio: será mas ó menos entendido, tendrá mas ó menos instruccion; pero al fin pertenecerá cuando mas á aquella esfera de personas inteligentes que abundan muchísimo en las clases que han recibido alguna cultura. Se deja, pues, entender que el argumento de que se vale no deberá de ser alguna invencion rara de que no se tenga noticia en el mundo, sino que será alguna especie tomada de algun libro irreligioso, y que seguramente habrá sido desvanecida una y mil veces por los apologistas de la Religion; y es bien seguro que bastaria la presencia de una persona religiosa é ilustrada para disipar como el humo la dificultad que tanto engrie al ufano disputador.

Ademas, aun cuando supusiéramos que la dificultad es tan grave, que ningun sábio del mundo es bastante

á soltarla, no por esto se podria inferir que fuera falsa la Religion. Nuestro entendimiento es tan flaco, que no ve las cosas sino á medias; con su poca luz no distingue bien los objetos, de aquí es que aun en las materias en que se encuentra mas certeza, no hay un punto sobre el que no ocurran dificultades gravìsimas. Por manera que si el poderse objetar dificultades contra una verdad fuera motivo bastante para dudar de ella, de nada podriamos estar seguros. ¿Quién ignora que hasta se ha llegado á disputar de nuestra misma ecsisteneia, objetándose dificultades cuya solucion no era tan fácil como á primera vista podria parecer? ¿Quién ignora que una cosa tan clara, como es la ecsistencia del movimiento, fué tambien puesta en disputa por un filósofo? ¿Qué estraño, pues, si en materias tan dificiles y tan graves como son las religiosas, ocurriesen de vez en cuando algunas objeciones que no acertásemos á desvanecer cual nosotros deseamos? Cuando nuestro entendimiento es tan débil, que apenas alcansa á comprender las cosas mas sencillas y mas claras, cuando al ecsaminar los objetos que vemos con nuestros ojos, y palpamos con nuestras manos, tropezamos á menudo con dificultades inesplicables, ¿deberemos admirarnos si nos sucede lo mismo en tratándose de los altos misterios, que están en region elevada á donde llegar no puede con sus propias fuerzas el entendimiento criado?

Lo que hemos dicho de las dificultades contra la Religion, que se oyen en las conversaciones, puede aplicarse tambien á las que se leen en los libros: solo que en este último caso son mucho mas peligrosas, á causa de que suelen estar presentadas con mayor arte. A mas del preservativo mas sencillo que es no eer libros irreligiosos, debe considerar el católico, si alguna vez le vienen á la mano, que lo que en ellos

se encuentra contra la Religion; ha sido refutado mil veces, y que no necesita mas que buscar alguna de las muchas preciosas apologías de la Religion que circulan por todas partes, para encontrar satisfechos completamente todos los argumentos y reparos con que la impiedad y las falsas sectas han procurado, aunque en vano, desmoronar el indestructible edificio de la Religion Católica.



APENDICE.

En el curso de esta obrita no he querido emplear el comun sistema de preguntas y respuestas porque proponiéndome inculcar en el ánimo de los niños las razones fundamentales de nuestra santa Religion, y queriendo por consiguiente evitar el que las aprendiesen de rutina, me ha parecido conveniente esponerlas de manera, que con la misma novedad del método se llamase y fijase mas su atencion. Ademas, se ha de tener presente que, en mi juicio, el estudio de esta obrita debe reservarse para los niños algo adelantados en edad; y por tanto desaparece ya el pequeño embarazo que podria ofrecer el no estar arreglada por el método de preguntas y respuestas.

Sin embargo, para ahorrar en lo posible á los señores maestros todo nuevo trabajo, he echado mano de dos medios: 1º Disponer de tal suerte el título de casi todos los capítulos, que para emplear cuando se juzgue conveniente el método de las preguntas y respuestas, no tengan que hacer otra cosa los maestros que espresar el mismo título en forma de interrogando, con alguna muy ligera modificacion que les sugerirán sin duda su discrecion y conocimiento. Si en algun caso ha sido conveniente señalar hasta el curso que se debia dar à la conversacion en materias religiosas, entonces me he valido del diàlogo. 2º Añadir el diálogo que viene à continuacion, donde se encontrarà en brevísimo espacio lo principal de la obrita. Los maestros podrán hacer de este diàlogo el uso que estimen conveniente; pero me parece que deberia emplearse para fijar mas en la memoria de los niños lo que hubiesen aprendido por estenso en el cuerpo de la obra. Debe considerarse el diàlogo como ausiliar, no como principal.

§ I.

P. ¿Cómo se puede confundir à quien niegue ó ponga en disputa la ecsistencia de Dios?

R. Levantando la mano y señalando con ella la admirable máquina del universo.

P. ¿Y esto será bastante?

R. Sin duda; porque si tengo un reloj me reiria de quien dijese que aquella maquinita se ha hecho por sí misma; si veo un hermoso cuadro, tendré por un loco al que afirme que nádie le ha pintado. Y qué màquina mas grandiosa que la de los cielos y la tierra? qué cuadro mas magnífico que el firmamento tachonado de esplendentes astros, y el globo que habitamos, cubierto de tanta riqueza, variedad y hermosura? Todo esto me demuestra hasta la evidencia, que hay un Dios que todo lo ha criado y ordenado.

P. Y qué piensa V. de los atributos de Dios?

R. Que el autor de toda perfeccion ha de tener en sí todas las perfecciones; y que por consiguiente ha de ser eterno, infinitamente sábio, santo, justo, que ve de una ojeada lo pasado, lo presente y lo por venir, que conoce las cosas mas ocultas, que penetra hasta el mas hondo secreto de nuestros corazones.

P. Cuida Dios de nosotros?

R. Si no hubiese querido cuidar, ¿para què criarnos?

P. Pero siendo nosotros tan pequeños, tan débiles y miserables, ¿no parece estraño que Dios fije en nosotros su atencion?

R. Por lo mismo que somos tan qequeños, tan débiles y miserables, necesitamos mas del cuidado de la Providencia; y seria mucho mas estraño, que quien nos crió, sabiendo ya que seriamos lo que somos, nos hubiese abandonado. Un padre que abandona á sus

hijos es tenido por cruel y desnaturalizado, ¿y podremos creer que Dios haya criado al linage humano echàndole à este mundo, solo, desamparado, sin destino, marchando al acaso? No es tal la idea que debemos formarnos de Dios.

P. V. supone que Dios ha criado al linage humano; ¿pero cómo lo manifiesta con alguna razon?

R. Es muy fàcil: yo tuve mis padres, estos tuvieron los suyos que eran mis abuelos, estos otros, y así sucesivamente. Esta cadena al fin se ha de acabar, y de consiguiente hemos de venir à unos padres que no nacieron de otros, y de consiguiente debieron ser criados por Dios.

P. Pero no habia otro medio sino el que los primeros padres fueran criados por Dios?

R. No hay otro, porque es claro que no se pudieron criar à sí mismos.

P. Y si deciamos que nacieron de la misma tierra?

R. Semejante absurdo no merece refutacion.

P. El hombre tiene alma?

R. Si señor: porque dentro de nosotros hay un ser que piensa, quiere y siente como cada uno lo esperimenta por sí mismo; y à este ser le llamamos alma.

P. Es corporal el alma?

R. No señor, porque lo que piensa no puede ser cuerpo; pues que los cuerpos no solo son incapaces de esto, sino hasta de moverse por sí mismos.

P. El alma muere con el cuerpo?

R. No señor. Todos los pueblos de la tierra han creido que habia otra vida, à donde iba el alma despues de separada del cuerpo. Ademas, si no hubiese otra vida de premio para los buenos y castigo para los malos, ¿cómo se podria esplicar la dicha de mnchos malvados en este mundo, y la desdicha de muchos virtuosos?

———

§ II.

P. Ecsiste alguna religion?

R Sí señor; porque de otra suerte, no sabriamos de qué modo tributar á Dios nuestro culto, ni cuales son los medios que debemos emplear para llegar al fin á que Dios nos ha destinado.

P. Y qué le parece á V. de los hombres que no piensan jamas en la Religion, y que no quieren examinar si la hay, ni cual es la verdadera ó la falsa?

R. que son muy insensatos; porque al fin ha de venir un dia en que han de morir, y entonces esperimentarán por sí mismos lo que ahora se empeñan en olvidar.

P. Pero ellos dicen, que quizàs no hay nada de cuanto nos habla la Religion.

R. Y si hay? como es bien claro que el cielo no serà para los que dudan de él, no les queda otro destino que el infierno. Figurémonos que un hombre anda de noche por un camino, donde, segun le han dicho muchos, encontrará un horrendo precipicio. Este hombre duda si efectivamente es así, pero no quiere cuidar de asegurarse de la verdad ó falsedad de lo que le avisan; y sin luz, sin mirar donde pone sus piés, echa á correr por el camino, qué nos parecerá de la prudencia de aquel hombre? no diriamos que habia perdido el juicio? no diriamos que él se tiene la culpa, si encontrando el precipicio se despeñase?

P. Y tenemos algunas señales que nos indiquen cual es la Religion verdadera?

R. Sin duda: otramente podriamos decir que Dios nos ha dejado sin luz en el negocio que mas nos importa.

P. Cuáles son estas señales?

R. Son las que muestren que la Religion de que se trate ha dimanado de Dios.

P. Y esto cómo lo conoceremos?

R Mirando cuál es la Religion que tiene en su favor hechos que manifiesten la espresa sancion de Dios: como por ejemplo, milagros y profecías.

P. Hay alguna religion que reuna todos los caracteres necesarios para asegurarnos de que es divina?

R. Sí señor: la Católica Romana.

P. Está V bien cierto de que ecsistió Jesucristo?

R. Sí señor: porque aunque no estuviera cierto de ello por la fé, como verdaderamente lo estoy, bastaria para asegurarme de esta verdad el ver que la ecsistencia de Jesucristo, está, humanamente hablando, tan probada como la de Alejandro, de César, de Platon, de Ciceron, de Virgilio, y la de todos los hombres célebres.

P. Cómo se podrá probar que Jesucristo no era un impostor?

R. Es muy fácil. Su vida es un espejo purísimo donde nadie ha podido encontrar una mancha; su doctrina es tan elevada y tan santa, que ha llenado de admiracion hasta à los mayores enemigos del cristianismo: en Jesucristo se cumplieron de un modo admirable todas las profecías, que con respecto á su persona se habian publicado muchos años ántes de su venida; hizo tantos y tan estupendos milagros, que llenò de confusion à sus enemigos, que no sabian como esplicarlos; no habiendo aprendido las letras en ninguna parte, poseia no obstante tan alta sabiduría, que ya desde su niñez fué la admiracion de los doctores; y ademas fundó una Iglesia en la que se cumple esactamente lo que él predijo: que todos los esfuerzos del infierno no bastarian à destruirla. Qué mas queremos para asegurarnos de que Jesucristo era verdaderamente enviado de Dios?

P. Pero Mahoma tambien fundó una religion, que se estendió mucho y que dura todavia; y no creyendo en la de Mahoma, por qué hemos de creer en la de Jesucristo?

R. La diferencia es muy grande. Mahoma fundó su religion siendo un hombre muy rico y poderoso. Jesucristo siendo pobre; Mahoma era instruido porque habia estudiado, Jesucristo era sábio sin haber aprendido de ningun hombre; Mahoma halagó las pasiones, Jesucristo las enfrenó; Mahoma se valió de soldados, Jesucristo de apóstoles pobres y desvalidos; Mahoma no hizo ningun milagro en público, Jesucristo infinitos, á la luz del dia, á la faz del mundo; la moral de Mahoma es relajada, la de Jesucristo severa y pura; las doctrinas de Mahoma son estravagantes y ridículas, las de Jesucristo son sublimes; en Mahoma no se cumplió ninguna profecía, en Jesucristo todas: y por fin allí donde se ha establecido el mahometismo, allí vemos corrupcion, esclavitud, degradacion, y no parece sino que la humanidad camina rápidamente hácia el sepulcro; y allí donde ha reinado el cristianismo, allí vemos al hombre con dignidad, con moral pura, con bien estar, con dicha, en cuanto cabe en esta vida mortal: ¿que tiene, pues, Mahoma de comparable con Jesucristo?

P. ¿Y la idolatría, no estuvo tambien muy estendida sobre la tierra antes de la venida de Jesucristo, y aun ahora reina todavia en muchos paises?

R. Sí señor; pero esto no hace mas que ofrecernos una prueba de la ceguera y de las miserias del hombre, porque basta una mirada á la historia de los dioses de los idólatras para convencerse de que la idolatria, mas bien que una religion, es una masa informe de errores y absurdos.

§ III.

P. Ya que ha hablado V. de la ceguera y miserias del hombre, qué le parece á V. del dogma del pecado original?

R. Que es un misterio incomprensible al hombre; pero que al propio tiempo esplica otros misterios que se encuentran en el mismo hombre.

P. Qué quiere V. significar con lo que acaba de decir?

R. Que en nosotros se encuentra tan confusa mezcla de bien y de mal, de inteligencia é ignorancia, de grandor y pequeñez; en una palabra, tanta contradiccion, que si no suponemos que el linage humano haya sufrido una degeneracion, no podremos esplicarnos á nosotros mismos.

P. Parécele á V. este dogma de alta importancia?

R. Sí señor; porque ademas de lo que acabò de indicar, sobre lo mucho que sirve para esplicar las contradicciones que se observan en el hombre, es nada menos que uno de los puntos capitales en que estriba el vasto y admirable conjunto de los dogmas de nuestra santa Religion.

P. Cómo esplica V. esto?

R. Caido el linage humano por la culpá en desgracia de Dios, no podia levantarse de tan fatal estado por sus propias fuerzas. Dios se compadeció de él, envió á su Hijo unigénito que se hizo hombre en las entrañas de la Vírgen María. Siendo Dios–Hombre eran sus padecimientos y méritos de un valor infinito á los ojos de Dios; y así padeciendo y muriendo por nosotros, satisfizo á la justicia divina la deuda que el hombre no habria podido satisfacer jamás.

§ IV.

P. Quién fundó la Iglesia?

R. Jesucristo.

P. Hasta cuándo durarà?

R. Hasta la consumacion de los siglos, pues que así lo prometió Jesucristo, quien siendo Dios, no puede engañarse ni engañarnos.

P. Basta para salvarse vivir en una cualquiera de las iglesias que se llaman cristianas?

R. No señor: es necesario vivir en la verdadera; y esta es una sola, que es la Católica Romana.

P. Es absolutamente necesario reconocer al Papa como cabeza visible de la Iglesia?

R. Sí señor: porque él es el sucesor de S. Pedro, quien recibió de Jesucristo la potestad de apacentar todo el rebaño de los fieles.

P. Y los obispos tambien deben estarle sujetos?

R. Sì señor, pues que Jesucristo á nadie esceptuo.

P. Y no bastaria que los fieles obedeciesen á sus respectivos obispos, y que cada uno de estos fuera independiente?

R. Entonces ya no seria una Iglesia, sino muchas; ó mas bien, habria un cuerpo sin cabeza. Ademas, quién resolveria los negocios pertenecientes á la Iglesia universal?

P. No podrian los concilios hacer todo lo que hace el Papa?

R. No señor; porque aun prescindiendo de otras dificultades, tendriamos que la Iglesia estaria casi siempre sin autoridad; pues que los concilios no se reunen sino de vez en cuando, sobre todos los generales. El de Trento es el último que se ha tenido y han pasado ya desde su rennion cerca de tres siglos.

P. Para probar en pocas palabras la necesidad del Sumo Pontífice, ¿qué razon señalaria V?

R. Diria, que no hay ni puede haber sociedad sin cabeza; de consiguiente ni Iglesia sin Sumo Pontífice.

§ V.

P. Tiene la Iglesia facultad de imponer preceptos á los fieles?

R. Sí señor; porque en toda sociedad ha de haber facultad de hacer leyes, que obliguen á los que pertenecen á ella.

P. Puede la Iglesia prohibirnos la lectura de malos libros?

R. Sí señor: por la misma razon que un padre prohibe á sus hijos el que coman alimentos dañosos.

P. Qué entiende V. por malos libros?

R. Los que estravian el entendimiento ó corrompen el corazon.

P. Es muy peligroso el que los malos libros nos acarreen semejante daño?

R. Sí señor; son peores que las malas compañias, porque los tenemos á todas horas: el autor, cuya capacidad por lo comun es muy superior á la nuestra, adquiere sobre nuestro espíritu mucho ascendiente, y acaba por arrastrarnos á sus errores, por mas que al principiar la lectura, nos hayamos prevenido contra su influencia.

P. Pero entonces ¿nos quedaremos sin ilustrarnos en muchas materias?

R. No señor; porque todo lo necesario para la verdadera ilustracion se haya tambien en los libros buenos.

P. Es verdad que la ilustracion esté reñida con la Religion?

R. Es un gravísimo error: la historia entera lo

contradice: los hombres mas sábios han sido relgiosos; si ha habido alguna escepcion, esta no destruye la regla.

§ VI.

P. Qué conducta guardarà V. en las disputas sobre Religion?

R. A mas de procurar tener presentes las advertencias que se me han dado en el cuerpo de este libro, cuidaré sobre todo de que un celo indiscreto no me lleve á disputar de puntos que no entienda.

P. Y por qué tanto cuidado? por quedar mal?

R. No precisamente por esto, sino porque mi imprudencia podria hacer daño á la causa de la verdad.

R. Si le proponen á V. contra la Religion una dificultad que no sepa soltar, qué hará V.? se dará V. por convencido?

R. No señor; porque si así lo hiciéramos, de nada podriamos estar seguros. Suponga V. la cosa mas cierta y mas evidente del mundo, y nunca faltarán hombres que la sepan combatir de manera que parezca que vacile. Esto proviene de la misma debilidad de nuestro entendimiento, que no nos deja ver las cosas con toda claridad; y asi en teniendo el adversario en la disputa, ó mas talento ó mas instruccion, siempre confunde ó al menos enreda á los otros.

